

Organo de la Federación Comunista Ibérica y Portavoz del Bloque Obrero y Campesino

ANTE EL PORVENIR

## Las etapas de la Revolución española

Nuestra revolución ha tenido tres etapas bien diferenciadas que corresponden al ascenso, y comienzo del declive.

La revolución comienza en 1930 al caer Primo de Rivera. La dictadura se hunde a causa de la grave crisis económica y por la presión revolucionaria de las masas obreras y campesinas. Durante el año 1930, sobre todo en su segunda mitad, la movilización de las masas trabajadoras adquirió una amplitud formidable. La división histórica de los obreros españoles desapareció. La unidad de acción se hacía intuitivamente. Este frente único práctico por parte de la clase trabajadora condujo a la insurrección de diciembre de 1930 y unos meses después a la proclamación de la República.

El ritmo ascendente de la Revolución se mantuvo durante todo el año 1931 y una parte de 1932. La clase trabajadora quiso hacer la revolución ella, directamente. Las Cortes Constituyentes fueron frenando el movimiento revolucionario. El Parlamento que había nacido como una esperanza se convirtió en un obstáculo. Los problemas fundamentales de la revolución eran ahogados, retrasados, deformados en las Cortes. La clase trabajadora empezó a perder confianza en el Parlamento.

Fue ese el instante que la contrarrevolución utilizó para lanzarse al asalto. Creyó que el movimiento obrero, defraudado, no se movería. Se equivocó, sin embargo. La insurrección de Sanjurjo fue estrangulada por la clase trabajadora.

Entonces, después del golpe de Sanjurjo fracasado, precisaba dar un gran salto adelante. Los socialistas tenían que haber tomado íntegramente el Poder, desplazando a los pigmeos pequeño-burgueses que estaban a su lado. Había llegado el momento de llevar a cabo la verdadera revolución. Bastaba entonces con levantar el freno del Parlamento y dejar hacer. En unas semanas el panorama social hubiese sido completamente diferente. Mas no fue así. El socialismo reformista por un lado, y por otra parte, la inseguridad del sector obrero anarco-sindicalista hicieron que se malograra una ocasión histórica que difícilmente había de repetirse.

Y empezó la segunda fase. La reacción, al constatar que no había sido extirpada violentamente, empezó a movilizarse y accionar en el terreno parlamentario y extraparlamentario contra las fuerzas verdaderamente revolucionarias. Se inició como consecuencia un ascenso reaccionario y un estancamiento de la acción revolucionaria. El año 1933 ha sido el año de la ofensiva contrarrevolucionaria que ha ido intensificándose a medida que se ganaba una batalla después de la otra. Empezó con el «putsch» faista del 8-12 de enero. Casas Viejas sirvió de bandera levantada contra los socialistas. El «putsch» del 8-12 de enero fue un fracaso anarquista, pero constituyó una gran victoria para la reacción. La clase trabajadora quedaba más dividida, más fraccionada.

Desde Casas Viejas la reacción avanza a paso de carga. Luego vienen: triunfo electoral en abril; debilidad parlamentaria del bloque republicano-socialista; crisis de junio; triunfo de las derechas, en septiembre, en las elecciones para el Tribunal de Garantías; caída de Azaña y formación de gobierno Lerroux primero, y Martínez Barrios, después; disolución del Parlamento; victoria de las fuerzas reaccionarias; catástrofe de los partidos pequeño-burgueses; nuevo «putsch» de la F. A. I.; estado de alarma en toda España; formación del gobierno Lerroux como puente para pasar a una situación derechista; golpe de Estado por una serie de etapas sucesivas.

Esta fase de ascenso revolucionario ha adquirido formas concretas y grandes proporciones en esta primera quincena de diciembre. Empieza ahora la tercera fase. Las fuerzas reaccionarias, que quieren hacer marcha atrás tienen

en sus manos el poder: presidencia de la República, Parlamento, Consejo de Ministros, dirección de Policía, Ejército, etc. Es decir, todo el aparato del Estado.

En estas circunstancias no hay necesidad, por ahora, de un golpe de Estado militar. ¿Para qué? El golpe de Estado se da en frío. Empezó, de hecho, en junio cuando el presidente de la República exigió la dimisión del ministro Azaña.

Las Cortes reaccionarias servirán para ir demostrando lo poco que en sentido progresivo habían hecho las Cortes Constituyentes.

El aparato represivo del Estado será fortalecido. Se colocarán en los puntos de responsabilidad a elementos destacados de la gran burguesía.

El Gobierno Lerroux dentro de algún tiempo será sustituido por otro de Maura, Cambó, Gil Robles.

La contrarrevolución tendrá ahora un instrumento dócil con el que poder imponerse manteniendo la apariencia constitucional, el Parlamento.

La situación derivaría, necesariamente, hacia una opresión total de la clase trabajadora, anulando absolutamente todas las mejoras democráticas, si la clase trabajadora se mantiene en la pasividad y permanece dividida.

En esta tercera etapa que la contrarrevolución considera como la fase de su triunfo absoluto, el movimiento obrero puede y debe reconquistar posiciones que ha perdido, unificando su acción y moviéndose con arreglo a una política justa.

Unificar la acción quiere decir Frente Único Obrero.

Hacer una política revolucionaria justa significa corregir los errores cometidos por el socialismo reformista, por el anarco-sindicalismo y por el partido comunista oficial.

Estamos en un momento de gran plasticidad política. Vemos cómo se liquidan viejos partidos y nacen otros nuevos. La clase trabajadora, al unificarse, puede y debe dar vida a una nueva forma de organización, que integrando a la gran mayoría de la clase trabajadora la conduzca al triunfo.

JOAQUIN MAURIN

FIN DE UNA COMEDIA

## LA REFORMA AGRARIA CATALANA

Como presuimos—y en su debido tiempo ya lo denunciaremos—, el proyecto de ley sobre contratos de cultivo presentado por la Comisión especial dictaminadora al Parlamento de Cataluña, ha servido única y exclusivamente como plataforma electoral.

Cuando leímos el proyecto quedamos estupefactos ante la falta de escrúpulos que significaba explotar la buena fe de los campesinos suscribiendo un dictamen que luego había de ser cotizado como una vil mercancía en el mercado electoral, sabiendo de antemano que en la hora de darle fuerza de ley pasaría a mejor vida.

Comedia, burla comedia, que si bien al primer impulso mueve a reírse, esta risa trócese en justa ira, en legítima indignación, en el momento mismo en que se tiene en cuenta que la farsa se lleva adelante a costas de los camaradas campesinos de toda Cataluña.

A últimos de abril o primeros de mayo del corriente año—el proyecto lleva fecha 29 de abril—el Gobierno de la Generalidad por boca de su Consejero de Justicia, dió lectura, en el Parlamento, de dicho proyecto de ley.

Lo analizamos someramente y lo combatimos con dureza oportunamente, por ser su contenido completamente anónimo, de un color de rosa pálido cual las imaculadas hojas de «El Matín», como producto que era de unos soberbios contrarrevolucionarios que el señor Maciá había introducido en la Comisión Jurídica Asesora.

La protesta de los campesinos fue unánime e hizo estremecer el podrido andamiaje del partido gobernante. En vista de lo cual Maciá mandó a sus sacristanes a calmar el oleaje enfurecido de la campaña catalana. El proyecto era eso, un proyecto. La ley sería otra cosa. Las ansias emancipadoras que latieran en el corazón del campesinado catalán serían colmadas. La revolución en el campo, sin salirse de los cauces jurídicos, sería un hecho feliz; etc., etcétera.

La Comisión dictaminadora se olvidó, o punto menos, del proyecto. Hasta llegar al 31 de octubre se reunió un par de veces para elaborar el dictamen, siempre tomando como base la discusión, naturalmente, aquel proyecto de ley color de rosa que había merecido la aprobación del Gobierno y por el patrocinado.

Pero llegado el último día del pasado mes de octubre, reunióse urgentemente la Comisión y los diputados de la oposición se encontraron con que los de la mayoría, de la Esquerra, presentaban un dictamen cuya redacción era completamente inédita. Y, además, con unas prisas extraordinarias, desacomunadas, querían obligar a los restantes diputados de la Comisión a que se avinieran a no demorar por más de dos días el examen y discusión del dictamen en el seno de la misma.

El dictamen, o mejor, el nuevo proyecto de ley de contratos de cultivo fué leído en la sesión del mismo día en que el Parlamento acordó suspenderlas con motivo de las elecciones del 19 de noviembre.

¿Qué había pasado? En las altas esferas del partido de la Esquerra de Cataluña cundía el pánico ante los fundados presentimientos de una derrota electoral. Los votos de los tenderos y de la clase media en general se daban como perdidos y en favor de la Lliga. No se podía contar con los de la clase obrera ante la formidable campaña abstencionista de la F. A. I., por una parte, y la voz de alerta del Bloque Obrero y Campesino, por otra.

Quedaba una última esperanza. Los rabassaires, los campesinos, la clase trabajadora del campo. Para captarlos era necesario ponerse a tono con sus vibraciones, con sus sentimientos de clase, netamente revolucionarios.

Y fué echado el anzuelo. El señor Maciá encargó al diputado de la Unión Socialista, Comorera, para que redactara un nuevo proyecto de ley de Contratos de Cultivo que pluguiera en toda su extensión a las más atrevidas aspiraciones de los trabajadores de la tierra. Comorera se avino a la maniobra. Cumplido el encargo, fueron llamados los diputados de la Esquerra que forman parte de la Comisión. Se les ordenó que firmaran, como dictamen, el nuevo proyecto; que así convenía a la salud del partido ante las elecciones; que verificadas éstas todo se arreglaría, anticipando la promesa de que para entonces se haría lo conveniente para que del dictamen no quedarán ni las cenizas.

Y esto es lo que, en efecto, ha ocurrido. En la sesión del 12 de este mes se dió sepultura, de manera alevosa, al proyecto de ley agraria. Inició la farsa Carreras y Artau, lo secundó Corominas y se encargó del papel de comparsa el rabassaire vergonzante señor Riera. Sin la más leve protesta ni siquiera por parte de los diputados de la U. S. C. (¡claro!), fué suspendida la discusión del proyecto.

A los pocos días, Cerezo, presidente de la Comisión, declara a los periodistas «como que se habían presentado muchas enmiendas, el dictamen había sido retirado».

Trotsky, en su «Historia de la Revolución rusa» escribió esta frase lapidaria: «Que una clase se encargue de resolver los problemas que interesan a otra es una de esas combinaciones propias de los países atrasados.»

Nada más cierto. Y aún podemos añadir: Si no abandonamos presto esas vanas ilusiones que hacen que confiamos como unos benditos en la falacia de esos partidos sin escrúpulos que a título de «obreristas» y «protectores de humildes» se valen de las mismas fuerzas revolucionarias para estrangular la revolución, estamos irremisiblemente perdidos.

¡Campesinos catalanes! Basta ya de farsas. Ved cómo nuestros camaradas del resto de España se agrupan en torno de sus organizaciones políticas y sindicales netamente de clase y netamente revolucionarias. Abandonad de una vez para siempre a ese partido de Esquerra de Cataluña que tanto daño hace y viene haciendo a nuestra causa en particular y a la de la revolución en general, e incorporaos sin titubeos a las falanges imponentes del proletariado. Hagamos el Frente Único. ¡Por el pan, por la tierra, por la libertad!

INDIGETA

FRENTE ÚNICO OBRERO

## LA ÚLTIMA EXPERIENCIA DE LA F. A. I.

La tragedia de nuestro movimiento obrero reside no sólo en el hecho de su fraccionamiento, sino también en el hecho de que existe un importante sector obrero, impulsivo, sin control posible, que se lanza espontáneamente a luchas esporádicas y sin cohesión. La acción de grupo y la guerra de guerrillas que ha caracterizado la actuación de la F. A. I. es la gran válvula de escape de las energías vitales del proletariado. La burguesía ha tenido enorme interés en cultivar esa acción en el seno del proletariado para incapacitarlo para movimientos de mayor envergadura. La impaciencia revolucionaria de un sector obrero no es un factor que pueda variar la relación de fuerzas entre el capitalismo y el proletariado ni es, por tanto, una razón teórica que justifique el golpe de mano.

Es indudable que la experiencia «putschista» de la F. A. I.—8-12 de diciembre—ha tenido una profunda resonancia. Ha sido una verdadera guerra de guerrillas. Pero se ha limitado a eso, a una guerra de guerrillas. Puesto que los núcleos de la clase obrera afectos a la C. N. T. no han tenido intervención ninguna en la acción. Los obreros confederados han estado al margen de la aventura faista. Barcelona y Cataluña, Andalucía y Asturias no han hecho el ¡presente! revolucionario a las llamadas de los dirigentes de la C. N. T. y de la F. A. I.

El ímpetu y la bravura de un puñado de obreros revolucionarios no bastan para transformar el régimen burgués. Lo único que se ha conseguido es consolidar el triunfo de las derechas y dar un pretexto para que la reacción cayese de una manera implacable sobre el movimiento obrero.

La prensa contrarrevolucionaria —«El Debate», «La Veu de Catalunya», etc.—ha hecho una labor de provocación, ha alentado el «putsch» exaltando las fuerzas de la C. N. T. y de la F. A. I. La burguesía ha agudizado, ha avivado la impaciencia revolucionaria de este sector de la clase obrera para abrir de nuevo la válvula de escape de un nuevo golpe de mano haciendo que abortara un movimiento profundamente revolucionario que abrazara a toda la clase obrera.

La reacción, luego de lograr su propósito, se lanza con toda la furia sobre los valientes y anónimos insurrectos. La contrarrevolución pide un castigo ejemplar. La máquina represiva del Estado ha entrado en funciones. Los tribunales

de urgencia trabajan sin cesar. Las sentencias caen sobre los obreros revolucionarios con todo el peso del odio feroz que siente la caverna.

El 8-12 de diciembre de la F. A. I. no ha sido el 10 de agosto de Sanjurjo. La burguesía sabe distinguir, evidentemente.

El triunfo electoral de las derechas se ha visto afianzado con la aventura de la F. A. I. Estado de prevención y de alarma. Clausura de Sindicatos. Suspensión de la prensa obrera. Aplicación de la previa censura. Y por añadidura gobierno Lerroux, gobierno puente para desembocar a una situación filofascista.

Se ha iniciado ya una política de represión contra el movimiento obrero en conjunto. La contrarrevolución, para la realización de sus objetivos, necesita decapitar el movimiento revolucionario. Se van a «reformar», a destruir las escasas libertades que confiere la República, anulando o interpretando prácticamente a la manera cavernaria la legislación social que recordaba ligeramente las pezuñas de la gran burguesía, de los terratenientes y de la Iglesia.

V para realizar todo ese programa social y de «pacificación» la burguesía contrarrevolucionaria necesita hacer enmudecer la voz recia del proletariado y de los campesinos pobres e imposibilitarles toda acción eficaz y coherente. Las amenazas de Selves son bien categóricas.

Las enseñanzas de la última experiencia de la F. A. I. deben ser aprovechadas. La clase obrera debe aprender mucho en sus propias derrotas. Y la mejor lección que se debe deducir es de que sin una acción de conjunto de todos los trabajadores no será posible acabar con el régimen burgués. Para el mejor éxito de la lucha revolucionaria debe ser desterrado todo propósito exclusivista. Es toda la clase obrera la que se ha de poner en movimiento y no un sector determinado.

Es precisamente a ese objetivo a lo que responde la Alianza Obrera organizada recientemente.

Los obreros anarquistas deben ser los primeros en constatar esa necesidad histórica.

Sin el Frente Único obrero y sin una dirección clasista revolucionaria no es posible batir en retirada a la reacción y preparar las condiciones que faciliten el triunfo de la revolución proletaria.

La tarea principal es, pues, reagrupar el movimiento obrero en un amplio frente único. Y acabar de una vez con esas acciones espontáneas y aisladas que ocasionan trágicos desgarramientos en el movimiento obrero y ahondan aún más las diferencias entre los trabajadores revolucionarios.

PEDRO BONET

## Los problemas del proletariado mercantil

El proletariado mercantil, después de ganada su primera gran batalla, parece que en parte se ha dejado otra vez adormecer en su pasividad tradicional. Hay que evitarlo. La burguesía solo espera lanzarse como antaño sobre las mejoras ganadas recientemente, para vulnerar pactos y acuerdos.

La labor del «Frente Único de Empleados Mercantiles» tiende precisamente a evitar que las mejoras logradas queden sobre el papel como pretende la burguesía.

Las entidades que lo componen, hoy por hoy animadas del mejor espíritu y buena voluntad, necesitan a pesar de todo que los socios se interesen para los trabajos que se están realizando para dar al F. U. E. M. estructura jurídica y personalidad legal.

El F. U. E. M. de Cataluña; con sus federaciones locales y comarcas ha de ser a nuestro entender la que podríamos llamar la gran federación de industria de nuestro ramo.

El día que éste nuestro proyecto sea una realidad, el proletariado mercantil se habrá incorporado de una manera efectiva y definitiva dentro del cuadro del proletariado consciente, y ya nunca más nuestra burguesía rapaz podrá tra-

tarnos a su antojo ciscándose como hasta ahora en las leyes y Jurados Mixtos.

Pero para llevar a cabo este propósito, que es una necesidad urgente, es imprescindible el concurso y la colaboración de todos. Y todos deben estar interesados en él, especialmente las minorías activas que en las diferentes entidades mercantiles laboran por nuestra clase de una manera fragmentaria, pues solo ven en muchos casos las cortas perspectivas de las posibilidades de su sola entidad.

Hay que coger el movimiento mercantil en bloque, en su totalidad, pues de lo contrario iríamos al fracaso.

Y quienes más interesados deben estar en hacer de nuestro movimiento una cosa de conjunto deben ser — hasta por propio egoísmo — las minorías dirigentes y orientadoras de cada entidad, pues sus componentes serán el blanco de las represalias patronales y los primeros que estos pondrán en las listas negras para evitar que nuestro movimiento vaya en ascenso.

El F. U. E. M. con una bolsa de trabajo centralizada que evite el favoritismo y obligue a los patronos a salirse de ella; con la creación del carnet de trabajo que

Los camaradas paqueteros deben liquidar urgentemente sus deudas con la administración de «La Batalla»

facilite el F. U. E. M. y sin el cual no se pueda trabajar; con la creación de una caja pagada por patronos y autoridades para el paro forzoso; etc., etc. haremos del movimiento mercantil concretado en el F. U. E. M. un arma de lucha sindical formidable que nos conducirá, de victoria en victoria, y siempre al lado de nuestros hermanos de explotación, los obreros manuales, a la conquista de nuestras reivindicaciones supremas.

JORDI ARQUER





